

TROPOS



Ricardo Bernal

I

Autopsia para un arcángel

Mi nombre
encabeza la lista
de los desaparecidos

Mi alma es un pez
en la sartén del diablo

Todos los átomos del universo
se han convertido en ojos

Hágase la luz
Que ilumine las cocinas
las morgues
el diente murmurante
del cuchillo

Que ilumine nuestras carcajadas
y los muñones sangrantes
del Arcángel

Lunas indecisas
cruzan el pentagrama
de tu tacto

El sufrimiento limpia sus armas
afila las agujas hipodérmicas
que te sostienen en la cruz

Señor de los unguentos
en este manicomio sin techo
tu sonrisa rictus mortis
espanta a los niños que te rezan
cinco segundos antes
de convertirse en topos

Las lunas se esconden
en el frasco de suero
y la enfermera dulces labios
limpia tu rostro
con una nube immaculada

Señor cómplice del polvo
las lunas son el rosario
que cruje entre los dedos
de la muerte

Mordidas por el unicornio
tus partes ortopédicas
se hunden en el fango prenatal
de la memoria

Dices que mi sangre
es el nido de tu sangre
que un zombi te invade los sueños
y construye tempestades
con tu llanto

Lenta serpiente
la neblina
explora tus orificios

El barco de la carne
te arrastra hacia los confines
del crepúsculo
entre cabezas de pollo
y dedos meñiques

Dices que mi sangre
es el mar donde navegas

Para nosotros
el amanecer
siempre ha sido inalcanzable

Más adentro
que mi propia sangre
vive la esfera
y es monstruosa

No tiene centro
ni circunferencia
derrumba tigres divinos
cuando crece

Derrumba imperios de sal
y el castillo de naipes
que con manos temblorosas
nos construyó la noche

Y veo a las mujeres
amando como locas
a sus locos

No nos amen más
estamos descompuestos
Enfurecidos con el sol
y sus reptiles

Escondan los platos
las cucharas y los besos
Escondan la sortija de fuego
que les regaló Saturno

No nos amen más, mujeres
pues éste es el juicio final
y hay demasiados arcángeles
en el escenario

Regresen a la madre tierra
al lodo primordial
Nosotros quedaremos aquí arriba
aturdidos
sembrando en sus ojos
el árbol de nuestra ceguera

Navego en un barco de agua
por las aguas insomnes
de tu muerte

Bautizo a todos los monstruos
Le dibujo alas al cangrejo
Corto mis venas
con navajas de sombra

En las paredes de la mente
un dios musgo trepa
milímetro a milímetro

Sarcófagos cerrados por dentro
Cerdos de lumbre
Cuervos picoteando sal

El desierto moribundo
yace en un reloj de arena

Sonrientes muelas
entran por la cerradura
giran alrededor de tu cabeza
sus voces de mosca desgarran el aire

Escondida en el clóset
una muela de dos metros
alimenta su caries con tu insomnio
se prueba tus vestidos y tus medias
se vuelve transparente

A estas horas de la noche
el dolor de muelas es más grande
que el dulce dolor
de un corazón roto

Entre la madre y sus bestias
hay alambres que cruzan
figuras de carne
pollos fosforescentes
sanguijuelas

El amo pisa la casa
revuelve cajones
esconde su corazón
en una mina

Entonces las bestias huyen
ruedan por los jardines
con un beso interior
reventándoles la cara

Y la madre
sola al fin
teje alas de sombra
y vuela hacia otro alfabeto
con un embudo entre los labios

II

Tropos

Pintando desiertos

En el fondo del corazón un relámpago sacude las rejas. Nosotros imaginamos signos, cifras, dragones cuadriculados. Cada noche, este laberinto de espinas es el espejo donde se miran las galaxias. Hormigas artificiales recorren el lienzo: pululan en las manos y sus andares trazan colores fosforescentes. Se pierde Saturno. Días después lo encuentran, ebrio, soñando sueños de agua en un lecho de cactus, cuarzos y plumas. Hay ebullición de planetas. Cada era geológica forma una ardua cáscara que cubre el sistema solar hasta convertirlo en un ejército de caracoles gigantes. En el estudio del alquimista suenan las cacerolas, los pinceles ruedan debajo de los muebles y hay que usar las manos para modelar el barro primitivo; pues la vida, después de todo, es tan solo un rastro de madera roja desmoronándose en las huellas dactilares de los dioses.

Tropos

Siempre es más tarde de lo que parece: el cosmos se apresura a terminar sus asuntos. Soy arcano sin número. Danzo en el vientre acuático del aire y mis manos se transforman en estrellas, en peces trágicos o en palomas picoteando la superficie de las apariencias. Si cierro los ojos soy un punto en el centro exacto del mapa. La esfera crece en todas direcciones y sus límites tocan otras esferas que no me atrevo a imaginar. Mi vida es un ancla y mi corazón un puño de tierra que me jala hacia la tierra. Por eso vuelo: recorro las situaciones y los días, conozco las escaleras y los atajos. En el agua, hay frente a mí una puerta de cielo invisible; en el cielo, hay frente a mí una puerta de agua donde la muerte es siempre un vuelo interrumpido, un acontecer de silencios y palabras deshojadas.

El clan

En los sótanos del infierno se reúne el Clan. Nadie baja. El Maligno le teme a las voces enloquecidas, a los ángeles de cristal que se destrozan en sus fauces cuando suenan los tambores. Hay noches en que las pisadas del tiempo dejan huellas en los corazones de todos, mientras una mujer rueda por las escaleras sin fin que se pierden entre pentagramas malditos. El silencio es entonces un muñeco de vudú atravesado por clavos y claves de sol. Los laberintos se llenan de humo. Se sabe que en uno de los aljibes dos guitarras de agua se afinan con la música de las esferas, aunque los muertos dicen que nunca nadie la ha escuchado. El verde y el negro salpican el blanco de los ojos. Arriba, muy arriba, enormes buques cargados de monstruos recorren las pesadillas de Dios. Sin sentir, un tropel de lagartos trepa la piel del muro buscando un cielo que ya no existe. A lo lejos suenan tonadas tristes de cantos azucarados y en las fisuras del infierno sigue soplando el ánima. El Clan se desvanece. Los huesos de sus cuatro esqueletos lumbre construyen aquel sonriente rostro de sal que brilla en la memoria. Al final, el adiós es una letra minúscula, una hormiga ultravioleta patinando en el espejo sin luz de Babilonia. Suenan las trompetas del Arcángel. Oremos.

III

Ranas

1

Seducidas por la luna
las ranas juegan al escondite
en los laberintos del musgo

Hacen ruidos de lluvia
mascan átomos de hidrógeno
resbalan al otro mundo
y cuando llueve
la lluvia las busca entre los vidrios

2

Dentro del recinto

Aurelio traza pentagramas

en vez de notas, ranas

trenes redondos de ruido

aullantes y siniestros como sapos

3

Delius toca su trompeta:
avanza el amanecer
clava sus veinte zancos en zanjas ajenas
destripa sapos, aplasta cabezas insomnes

Estrépito de ranas en el cielo
Ángeles sin alas aquí abajo

4

Tiempo después: (el mediodía)
Aurelio cierra su sarcófago
paréntesis maternal
a prueba de ruidos y alimañas

Tarántulas de aire
moscas de tiempo
aire de ranas

El sol se esponja como un sapo
y las ranas regresan a casa
por senderos de acuarela

IV

Medicine Man

I)

En la hora del sol más alto, los nubarrones se esponjan como reyes asmáticos. Abajo, hombres anaranjados buscan escaleras para alcanzar la luz: zancos silenciosos que los eleven del cactáceo asfalto de su podredumbre.

II)

El inquisidor destripa amuletos, mueve las ruedas de su máquina: de las mangas de su disfraz cuelgan esqueletos de peces y cruces diabólicas. Un colibrí se detiene en el centro de las manecillas: el mediodía es un abuso, un martillo que clava designios en las cabezas pelonas de allá abajo.

III)

Bebes aguardiente. Nosotros caminamos hacia tu sino, una maraña de sílabas quiere ser mantra en las orejas pero luego se disuelve en percusiones prehistóricas, en el crepitar de millones de soles -o tal vez el mismo sol, millones de veces repetido-.

IV)

La muerte ronda en los puentes, en las aguas de obsidiana, en los obeliscos.

V)

La luz del Espíritu Santo es pluma en tu frente: alrededor giran planetas, moscardones y avispas, un dios colibrí meditabundo. El humo verde de tus menjurjes se eleva hacia los nubarrones: saltan acuarelas en los ojos, los arbustos caminan con pasos de sombra y el cristal de tus uñas pela el cascarón de la crisálida acuosa donde aguardamos.

VI)

No hay baile. Llega la luna de puntitas, con su manto morado y azul; detrás de ella: millones de lunas ancianas que atiborran la cúpula celeste.

VII)

Han pasado doce horas. La medianoche se cierne sobre cada una de nuestras arterias -el bálsamo añoso del bosque nos llama, no tan lejos- Huimos en tropel, lobos de lumbre, búhos de sal: seguimos tu voz en malezas y manglares hasta que tu voz es el manglar y las malezas.

VIII)

La muerte glacial ronda en los puentes, en las aguas de obsidiana. Pero esta vez la esfera escapa de sus manos y va a dar al pantano donde tienes tu casa. Estamos limpios.

© **Ricardo Bernal. 2012**

Este poemario puede ser reproducido, archivado, transmitido en su totalidad o en partes por cualquier medio electrónico sin que sea necesario pedirle permiso y/o avisarle al autor.

Ilustración de portada: Alfred Kubin.

Tropos, poemario ganador de los XLII Juegos Florales Nacionales de San Juan del Río, Querétaro. 2012.